

F1336

v 72

GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

DESARROLLO Y CONQUISTA

Al Sr. D.

Margarito López de
la Cerda,

En prueba de sincera
estimación y cordial amis-
tad.

P. J. Deláquez



San Luis Potosí, 14 de Ma-
yo de 1893

1893



Este día he estado pensando en la gran obra que se ha emprendido en este país, y en el papel que corresponde a cada uno de nosotros para contribuir a su realización. En momentos como estos, cuando el espíritu público se eleva y el corazón se entusiasma, es necesario que cada uno de nosotros se anime a hacer su parte con valentía y con fe.



EL júbilo que me embarga al verme, si-
quiera breves instantes, dueño, señores,
de esta tribuna por elocuentes oradores
ennoblecida; indicio claro es lo trémulo
de mi voz, nunca más desdichada que
hoy, en que anhelara que os pareciese igual á la vi-
brante y sonora de un clarín de batalla.

¡Atención! ¡silencio! deseara gritar estentóreamente
hacia donde la luz nace y hacia donde el sol se pone,
como solían los reyes de armas en la jura de los so-
beranos, desde el tablado en que desplegaba el real
estandarte un oficial de Su Majestad. ¡Silencio! ¡aten-
ción! en altos é inteligibles sonidos quisiera repetir
hacia los puntos en que descansa el eje de nuestro
globo. Mas ya veis cuán débil es mi voz y cuán men-
guado mi aliento, tanto, que de nada me sirve haber
acudido aquí presurosamente, ni haberme, como los
insectos en lá red que el astro del día les tiende por
los espacios infinitos, dejado cautivar del objeto á
que estas conferencias se dirigen.

Válgame, empero, que si vengo á publicar un rego-

cijo de real orden, procede ésta de la Musa soberana, cuyo poder, siquiera no sea ejercido en períodos alados y metros resonantes, alcanza siempre á encender el sagrado fuego en los pechos á quienes dispara su dardo, más punzador que el acero y más fulgurante que los ojos de las hermosas. En nombre de ella os invito á rendir vasallaje á un monarca; pero es á uno ante quien después de seiscientos años se inclina todavía la frente de los grandes, y cuyo nombre se jactan de llevar los más cumplidos caballeros del orbe. Lo tiene esta hermosa tierra, que en sus entrañas guarda los huesos de vuestros padres; y bordado de luceros podéis leerle en ese pedazo de cielo, que amorosamente cobija á los vivientes más queridos de vuestra alma.

Luis IX de Francia fué santo, y, no os cause sorpresa el oírlo, por eso fué gran rey. Con el dulce imperio de sus virtudes sometió más corazones que otros con el brillo de sus proezas; y si zanjó los cimientos de la unidad de Francia, no fué con la espada, con el cetro que hacía brillar *so las encinas* de Vincennes; y si dejó un nombre gloriosamente inmortal, fué porque, señoreando á su época, imprimió el sello de la piedad cristiana á sus pragmáticas, á sus fallos, á sus tratados, á sus empresas y aun á sus desgracias.

Si la humildad y mansedumbre con que ejerció la autoridad, no hubiesen sido lo que fueron; su intento de combatir el feudalismo para bautizarle y hacerle cristiano, se habría estrellado quizás en el orgullo y poder de los barones, habituados á empuñar las

armas para decidir sus particulares querellas y resistir la invasión en sus ilimitados derechos. Y si su abnegación no hubiera sido la de un justo, ¡cuán pequeño habría aparecido en el cautiverio! . . .

Mas porque su hidalguía y entereza, al par que su rectitud y prudencia, fueron las de un santo: por eso fué gran diplomático, devolviendo el Limosín, el Perigord y el Quercy, libre y espontáneamente al rey de Inglaterra, que ha de haberse maravillado de la devolución, no menos que los antiguos súbditos de Felipe Augusto: por eso fué gran político, cimentando en la bondad y el orden las relaciones de los eclesiásticos, feudatarios y clase media con el trono; por eso fué gran legislador y reformador, estableciendo primero el derecho y reduciéndolo luego á hechos con la creación de la verdadera magistratura: por eso fué gran cruzado, más ilustre en la rota y el cautiverio que lo hubiera sido en el triunfo. Y porque fué todo eso, no es de extrañar, que aun de este lado del Atlántico, en el centro de un territorio donde jamás se paseó el pabellón de las flores de lis, y que sólo desbandadas vió un día á las águilas imperiales francesas; no es de extrañar, digo, que el nombre de San Luis se halle tan hondamente grabado en nuestros anales políticos, como elevada está su efigie en los altares de nuestros templos.

Teniendo delante la ejecutoria de este Municipio, vuestras miradas tropiezan al punto con el hermoso dibujo en que las barras de plata y oro y el cerro del Potosí que ahí se figuran, no son ciertamente lo que

más digno de atención os parece, sino la imagen que llena el centro, y á cuya vista seguro estoy de que sentiréis henchida el alma de orgullo. Porque si á los caballeros se distingue por la divisa, y un escudo de armas es recuerdo y símbolo al par; ¿cómo no enorgullecerse de que, además de la plata viva (*argentum vivum*) y del oro puro [*aurum mundum*] que dieron á esta ciudad el nombre de Potosí, hayan vuestros progenitores tenido las altas y nobles prendas simbolizadas por San Luis, que fué dechado de grandes, espejo de caballeros y flor de cristianos héroes?

Hermano nuestro en la fe, tampoco es un extraño por la raza el hijo de Doña Blanca de Castilla; y al notar esta feliz circunstancia, hoy que la Iglesia le venera, advertiréis asimismo cuán justo es evocar la memoria del virrey que, dando su nombre al lugar de nuestra cuna y donde plegue á Dios hallemos nuestra tumba, selló con la inmortalidad un pacto que nada ni nadie podrá romper. Como San Luis de la Paz, y casi al mismo tiempo, según todo lo indica, recibió esta tierra el nombre que lleva y fué puesta bajo la protección del santo rey de Francia, por haber sido pacificada y sometidos sus habitantes, gobernando el virrey D. Luis de Velasco el segundo. No ignoráis que este prócer, que reputaba á la Nueva España como su patria, cuidó siempre de ejercer la real autoridad en bien de todos y honra de ambas majestades. Si, pues, cúpole en suerte ajustar la paz con los *cabezas rojas*, que aquí vivían; más salvajes

belicosos y feroces que ninguno de cuantos en Méjico hallaron los españoles; los más celosos de su independencia; los últimos reducidos, menos por fuerza de armas que por halagos y promesas y la predicación de los misioneros; convendréis conmigo en que, lo mismo que el soberano francés su patrono, fué este virrey de que hablamos, por su espíritu de justicia, digno de su fortuna y de su gloria.

Hállome á dicha en medio de una sociedad profundamente cristiana y culta, que ni se estremece oyendo nombrar á quien trocó su corona de oro por una de estrellas, ni se desazona con el recuerdo de un virrey que, siquier noble y dignamente, mandó en el período llamado de la opresión y del obscurantismo. Mas si entre vosotros, potosinos, hay quien al oír de santos y reyes sienta celos de libertad y rencores contra el fanatismo, tengo por cierto que tales movimientos, como el hervor de las aguas que van á desembocar á una laguna, habrán hoy de mudarse en plácida y deleitosa calma, tan pronto como rinda su corazón al grande, entrañable, afecto que nace con nosotros, bebe de la misma leche que nos sustenta y crece al vaho de las caricias paternales (*Aplausos*).

El interés por los sucesos ó prósperos ó adversos de nuestra tierra, es tanto más noble y puro cuanto más lejana la época en que acaecieron. Aconsejados del egoísmo, encerrados en nuestra ordinaria estrechez de miras, desdeñaremos quizás aquello á que

nuestra vista ó nuestro poder imaginativo no alcance, persuadiéndonos de que la distancia y el tiempo no relajan en vano los vínculos del parentesco, de la amistad y del amor. Mas cuando por obra de magia surge un acontecimiento remoto, de tal suerte vivo, animado, latiente, que es posible en él distinguir la parte que cupo á los nuestros; y ver, en los heridos, la sangre misma que corre por nuestras venas, en sus ojos el mismo fuego que arde en nuestras entrañas, y en su frente la sombra del mismo laurel que crece en el huerto de nuestros ensueños; ¿quién habrá que no vuele á la época en que acontece; y curioso, ardiente, arrebatado á la postre, no aspire á reconstituir el sitio con exactas medidas y proporciones, con sus colores y matices propios, con sus calles y casas y templos, sus montañas, sus bosques, sus ríos; y no quiera soplar luego sobre los huesos, como por los cuatro vientos hizo el Profeta, para completar la visión animada y maravillosa, y gozar ampliamente de ella, no tanto por lo que en sí valga contemplada en nuestro lugar y nuestro siglo, cuanto por los tumultuosos afectos que hará desbordar en su pecho?

Imposible confundir tal aspiración con el impulso que siente el alma á lo desconocido; ni el deleite que engendra, con el vanidoso contentamiento que suele dejar la curiosidad satisfecha. Más poderoso que el arte, más ardiente que el afán de lo misterioso, es este sublime anhelo que encadena los corazones de padres é hijos, y que, ensanchando los lindes de lugar

y de tiempo, constituye la solidaridad de las razas y la unidad de la historia. Las nacionalidades perecen cuando los dioses se alejan; pero la patria está viva, mientras Eneas lleva á cuestas al viejo Anquises su padre (*Grandes aplausos*).

¡Ah! Si á impulsos de vuestro patriótico afecto quisierais hacer la peregrinación de la historia, ninguna ocasión, creedme, os brindaría mejor que la presente con grandes y poderosos incentivos. Hoy hace trescientos años que el virrey marqués de Salinas envió la vara de la justicia á don Juan de Oñate, el primer alcalde mayor que fué de esta tierra; y ese acto constitutivo de la autoridad, muy en sazón recordado, es de suyo poderoso á evocar las gigantescas figuras de los misioneros y soldados que para su fé y su rey ganaron el pueblo y minas del Potosí: para la fé de San Luis; para el rey de las Españas, cuya majestad representaba don Luis de Velasco el segundo.

No ha sido, pues, fuera de propósito recordar al santo monarca y al esclarecido virrey, hoy que nos cumple celebrar el advenimiento de nuestra ciudad y nuestro Estado á la vida civilizada, comparando los actuales con los hombres y las cosas de la décimasexta centuria! ¡Qué transformación tan maravillosa en tres siglos! Los árboles que poblaban estas montañas, las malezas que vestían estos llanos, las corrientes que los surcaban... ¡todo ha desaparecido! Rocas peladas y abruptas coronan las lejanías del extenso valle potosino, caldeado por un sol tan ardiente

como el que en las llanuras de la Mancha derritió los sesos del andante caballero. El agua que, siquier escasamente, corría por la superficie ó á pequeñas profundidades, se hunde más cada día; y en balde con el humo que se escapa por las chimeneas de las fábricas, de los talleres, de las locomotoras, se engruesan las nubes del cielo: bálrelas el viento de diario, como barría antaño del uno al otro confín á los aborígenes que vagaban por estos sitios cazando, ó en pos de las tunas y hierbas y raíces que les regalaba espontáneamente la virgen naturaleza. En cambio, á las miserables rancherías donde por acaso se congregaban los desuados cazadores, han sucedido villas y ciudades que se ufanan con los trofeos de numerosas conquistas. Por el mismo camino de los carros cubiertos, que á guisa de fortaleza usaron los españoles, para defenderse de las recias cuanto frecuentes embestidas de los guachichiles, corren hoy trenes más veloces que la flecha de aquellos salvajes. Y donde quizá ellos ofrecían al sol saliente un puñado de hierbas y alguna pieza de caza, elévanse templos en que las Especies Eucarísticas fulguran como ascua de oro, entre el humo del incienso, la crepitación de los cirios y los acordes de la profética salmodia (*Aplausos*.) Descendientes vosotros de una raza de indios inculta, siquier belicosa y lozana, y de otra europea, civilizada, fuerte y activa, agobiais este suelo para el cual habéis ganado el nombre de San Luis de la Patria; y enamorados de lo grande, vais incesantemente hacia la luz, con-

virtiendo en vuestro provecho los elementos que á vuestros padres sirvieron para destruir: la pólvora, en tajante espada que hiende las montañas; el acero, en canal por donde corre la savia de las industrias y del comercio; y el fuego y el hierro que asolaban á los pueblos, en luminosa y rauda saeta que llega á los más remotos confines, simbolizando el progreso, con que, bajo el amparo de la Providencia, se ha engrandecido nuestra edad.

Mas ¿quién zanjó los cimientos de vuestra grandeza? ¿Quién desbrozó los campos donde cogéis el ordinario sustento? ¿Cúya fué la mano que echó en el surco la primera simiente? ¿Cuántos y cuáles fueron los que la hicieron germinar con el sudor de su cara? ¿Quién plantó en este sitio la Cruz, bajo cuya sombra duermen en paz vuestros padres, y cuyos brazos, siempre tendidos, os brindan seguro asilo en las borrascas de la vida? . . . Bajando á la sima de los tiempos; fijando con precaución los pies en las antiguallas que, á modo de piedras salientes, nos han sido deparadas por acaso feliz ó paciente investigación; guiándonos á trechos por el hilo tenue, casi sutil, que ministran algunos papeles borrosos y uno que otro volumen de los que polvorientos y olvidados yacen en la ruinosa estantería de las bibliotecas; se encuentra ya gracias al cielo, siquiera muy diseminados, pedernales que heridos por eslabón de diligente trabajo, despiden chispas sobre el fondo en que han ido aglomerándose todos los despojos, armas, trofeos,

joyas, utensilios, huesos, cráneos, cuanto en la tierra fueron y poseyeron nuestros mayores.

¡Dichoso yo si logro proyectar ante vuestros ojos, á mi pesar descolorida, la imagen que en el peligroso descenso ha podido aprehender mi retina; y más dichoso aún, si, irritado vuestro ánimo por la temeridad de mi intento, os apoderáis de la obra y la hacéis vuestra y vertéis sobre ella á raudales la potente luz que vuestro entendimiento atesora!

No he menester ponderaros el influjo que tenía el oro sobre aquellos osados aventureros, á quien el ansia de glorias y medro empujó á las playas del Seno Mejicano. Bien sabéis cuál quedaron deslumbrados al brillo de los presentes de Motecuhzoma, y cuánto se holgaron de que les devolviera un casco lleno del codiciado metal. Adolecían, según dijeron, de extraño mal de corazón que sólo se curaba con oro; y acosados por tan aguda enfermedad, arrollan distancias, luchan fieramente con peligros y reveses; y hasta clavar su estandarte en el riñón del imperio azteca, no cesan de prodigar su temerario valor y su altiva sangre. Ni siquiera se calma su dolencia con el botín de la gran ciudad; que su ambición, como la sed del febricitante, es devoradora é insaciable. Ella, desde lo alto del trono en que Su Majestad el vencedor aparece, rodeado de cuantos nobles sobrevivieron á

la catástrofe, deja caer estas palabras sobre una canoa agobiada de ricas preseas: "¿no hay más oro que éste en Méjico?".... A poderlo, respondieran las víctimas del desastre, turbas escuálidas y macilentas, que salen en fúnebre procesión por calzadas y luganas, dejando mal de su grado en poder de castellanos y aliados que las registran y roban, los míseros despojos de su fortuna. Mas ellas pasan llevando el secreto de su riqueza; como lo llevó á la tumba Cuauhtémoc, el último rey de Méjico; como lo llevó Calzontzin, el último rey de Michoacán.

Perdida la esperanza de coger los reales tesoros, presumible es con qué ardimiento se entregarían los españoles al afán de buscar las minas, de que, por los granos crespos que Motecuhzoma les envió en el casco, tenían noticia cierta, cual nos dejó escrito Bernal Díaz del Castillo. Cortés el primero, que personificaba las altas virtudes como los grandes vicios de su raza y de su tiempo, apenas tomada Méjico, despachó cuatro españoles por dos caminos distintos á reconocer la mar del sur, donde, según personas de ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, "se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables." Empero, la *muy buena muestra de oro de minas*, que de regreso trajeron los primeros emisarios, por mucho que la primacía pudiera halagarnos, no basta para afirmar con Lorenzana que en tal oca-

sión se descubrieron, fuera de otros, los minerales del Potosí y Zacatecas. Cerca de ciento y treinta leguas anduvieron dichos emisarios rumbo al mar; pero tanto ellos como los otros dos españoles que salieron al mismo tiempo, fueron hacia las partes de Colima y Tehuantepec. El propio año de 1521, Gonzalo de Sandoval se dirige á las provincias marítimas del Golfo, al paso que otros se encaminan á los países de mixtecas y zapotecas. Por 1522 vuelve á salir Sandoval á Coatzacoalco, mientras Alvarez Chico y Alonso de Avalos marchan en dirección de Zacatula y de Colima. En socorro de éstos vuela Cristóbal de Olid por Michoacán. Todos van hacia el sur; nadie se mueve á estas partes; ni siquiera se las menciona; y ¿quién duda que si entre las muestras de oro llevadas á Cortés, las hubiera habido de Zacatecas y San Luis, no se habría encauzado luego á esta región, alguna impetuosa corriente de las que, roto el dique de la capital, hizo desbordar la conquista, el *auri sacra fames* de los codiciosos de gloria?

¡No! A excitar el entusiasmo de los soldados y calmar su dolencia del corazón, nada poderosas eran las noticias que tenían del país de los chichimecas. Su nombre, que había sido gala de los señores, denotaba entonces barbarie; y su miseria y desnudez sindicaban de estéril y pobre su tierra. De los que caían hacia las vertientes de Michoacán, no los había que poseyeran más que su arco y sus flechas; y de los que corrían hacia acá, por la inmensa y estéril llanura que el gran Motolinía apellidó la mayor de la Nue-

va España, sólo en tiempo de frío se cubrían con cueros de venado, de cuya carne comían asada, así como la de liebres, conejos, víboras y culebras, en que su suelo abundaba; y sin choza, ni casa, ni hogar, tenían por único abrigo el escasísimo de algunos árboles, en su mayor parte tunales. ¿Qué aliciente podía ofrecer su conquista á los buscadores de oro?

Con todo, si á los principios la desdeñaron los castellanos, no así algunos indios prominentes, ganosos de distinguirse y de obtener las reales mercedes. Don Nicolás Montáñez de San Luis, pariente cercano de Motecuhzoma y cacique de Jilotepec, afamó su nombre con la reducción de Santiago de Querétaro, San Juan de Apaseo y San Francisco de Acámbaro, por los años de 1525 y 1526. De la gloria ganada en tales empresas cupo buena parte á Don Hernando de Tapia, otomí que sustentaba á su costa quinientos flecheros, y que entre sus merecimientos cuenta, además el haber sido poblador de la villa de San Miguel el Grande. Ignoro si fué favorecido de la corte de España tanto como lo fué don Bartolomé Jiménez, cacique y vecino principal de Jilotepec, por haber cooperado á la fundación de Querétaro. Si consta que alcanzó señalada merced don Diego Tomás Quesuchigua, hijo de Calzontzin, el último rey de Michoacán. Acreditóle Carlos V en la cédula que le otorgó, crecidas expensas y leales servicios, con ocasión de haber arruinado la inexpugnable fuerza de los chichimecas guachichiles, que se vieron obligados á pe-

dir paz y abrazarse á la ley del Santo Evangelio, un día del Seráfico Patriarca Señor San Francisco. Y hay memoria, en efecto, de que el cerro de Pénjamo, donde los guachichiles estaban encastillados, fué tomado á viva fuerza el 4 de octubre de 1528; mas como esta nación ocupaba un espacio inmenso, desde San Miguel el Grande hasta Rioverde, Zacatecas y Saltillo, sólo ignorando, cual se ignoraba entonces, la extensión de sus tierras, pudo en su ruina creer el Emperador.

A un hombre célebre por su crueldad, no menos que por su expedición y el triste remate de sus días, tocó deslindar el campo en que esa gente vivía. Sabido es que, temeroso de las resultas que debían acarrearle su atroz gobernación del Pánuco y su injusto proceder en la residencia de Cortés, aventuróse don Nuño de Guzmán á una jornada que le diera nombre y le alejase, cuanto era dable, de la autoridad del Real Consejo. Su fin ostensible, como declaró á la junta de guerra tenida en Conguripo de Michoacán, el 8 de diciembre de 1529, fué entrar por el norte á descubrir ciertas provincias llamadas de las Amazonas á causa de estar pobladas de gente tan belicosa, que aun las mujeres manejaban las armas con igual destreza que los hombres. Algunos soldados que oyeron esta noticia y que habían hecho ya incursiones por ese rumbo, diéronse prisa á desmentirla, diciendo que los indios de las vertientes de Michoacán eran desnudos, montaraces, pobres, faltos de poblaciones y sembrados, y despreciables á mejicanos y tarascos, y

aun á los de Pánuco. Colegirse puede que, so capa de intentos no tan provechosos como atrevidos, quería ocultar don Nuño su verdadero personal propósito, importándole los lucros y el rumbo menos que la distancia. Por su parte, los soldados primero que á lo belicoso de los indios, á su miseria y desnudez atendían. Ello es que oída *la infundamentada razón que movió al general para la jornada, se desabrió todo el ejército*, y fué menester no poca sagacidad para que continuara la marcha hacia el poniente.

La ilusión de las Amazonas cayó desvanecida, no muerta, en brazos de Cristóbal de Oñate, quien la acarició tan estérilmente como el capitán Gonzalo López, que después de él pidió la empresa. Por entonces quedaba rebujado en misterios el norte de Michoacán; en tanto se descubría el de Jalisco, adonde, en comisión de Guzmán, salió Pedro Alméndez de Chirinos. Los primeros indios que por ahí se dejaron ver, hallábanse congregados en las vertientes y quebradas de los montes, de donde, sabedores de los sucesos de los castellanos, les salían al encuentro, los recibían y agasajaban. Eran numerosos y políticos, y sembraban y se vestían; á diferencia de los de Jalostitlán, Mitic, Tecuaititlán, Lagos y Comanja, con quienes á seguida topó Chirinos, que andaban desnudos, no sembraban, vivían como fieras en los campos, y al acercarse la tropa, se remontaban é iban huyendo de una en otra de sus lomas estériles y encarrujadas. Por su rustiquez merecían, según se ve, el nombre de chichimecas que los demás indios les da-

ban; bien así como los desnudos guachichiles, únicos que se hallaban de ahí adelante, siempre al norte, y que, en perpetua guerra con los zacatecas, de quien tomó informe Chirinos, los acechaban continuamente, para acometerlos cuando los veían más descuidados.

A tiempo que Pedro Alméndez paseaba sus armas por la tierra zacatecana; corría Cristóbal de Oñate, también en comisión de Guzmán, hasta la linde de lo que es hoy el Estado de Aguascalientes. Ambos regresaron con la buena cuenta de su encargo, y ambos son afamados por ello; que así allanaron buena parte del camino, no mucho después repetidas veces andado por los buscadores del poderoso reino de Cibola, de las *siete ciudades*, sobre las cuales tendió la noveladora fantasía popular, dorada maravillosa red en que cayeron frailes, capitanes y soldados. De la expedición de 1538 se sabe que la hizo cierto capitán, en compañía de dos religiosos enviados por su provincial fray Antonio de Ciudad Rodrigo: una vez pasada la tierra por entonces descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; el capitán escogió y se fué por el de la derecha, que declinaba la tierra adentro; mas á pocas jornadas, dió en sierras muy ásperas que no pudo pasar, y se vió forzado á volverse por el mismo camino que había llevado. Sucediéronse uno y otro fracaso, y siglos pasaron para que los raudales de oro de California justificaran el tesón que los españoles ponían en dirigirse al Nuevo Méjico, en busca de grandes ciudades de casas resplandecientes, ornadas de ricas piedras y en

sumo grado maravillosas. Empero, de todas suertes, aquel imán atrajo poderosa corriente de pobladores.

Al saberse los descubrimientos hechos por ese rumbo, gobernando todavía don Antonio de Mendoza, decidieron los dueños de ganados, en atención á que éstos habían crecido sobremanera, tomar sitios más extendidos y acomodados; por lo que fuéronse viniendo á poblar adonde, en tiempo de Torquemada, estaban todas las Estancias de Vacas; en más de doscientas leguas, desde el río de San Juan hasta pasar de los Zacatecas y llegar adelante de los valles de Guadiana; *todas tierras de chichimecas, y tan largas, que parece que no tienen fin.*

Tales fueron las circunstancias que vinieron acotando el dominio de los guachichiles por el mediodía y el poniente. Siguiendo los llanos entre Querétaro y Zacatecas, pasaban costeando solamente nuestra tierra los primeros expedicionarios y pobladores españoles. Fácil era imaginar, sin embargo, que no estaba lejos el día en que la espada que trazó las fronteras, osara pasarlas y tantear los tamaños del lunar que iba quedando en el centro de Nueva España. Puso espuelas á este resultado la invención de las minas de Zacatecas. En 8 de septiembre de 1546, asentó Juan de Tolosa su reales á la falda de la Bufa, que, no será inútil decirlo, servía de atalaya á los zacatecas, para espíar el movimiento de sus jurados enemigos, los guachichiles. Ocupáronse luego el capitán y su gente en visitar las rancherías circunvecinas, cuyos habi-

tantes se sometieron de buen grado, y en rastrear los minerales de que poseían rica muestra. Siquiera no tan presto como deseaban, acudió á su reclamo la fortuna: el once de junio de 1548 se descubrió la primera veta argentífera llamada de San Bernabé; á poco la de Albarrada, y seguidamente la de Pánuco, lo cual atrajo buen golpe de españoles; que el poder de la plata, según frase de Arlegui, es tan eficaz para mover las voluntades, cuanto lo es el imán para atraer el acero (*Risas*).

Ocioso fuera añadir que luego se fundó población en forma, y que á su abrigo, de una vez para siempre, quedaron los zacatecas libres del temor y asechanza de los guachichiles, contra quienes, á impulso natural y propio, se dirigió la conquista, penetrando por la brecha del noroeste en el territorio de nuestro Estado. Según Orozco y Berra, los principios de Matelhuala datan de 1550; y los de San Jerónimo del Agua Hedionda (Moctezuma), de 1552. Sabemos que Juan de Tolosa fué fundador y poblador de las salinas de Santa María, y que don Juan de Oñate, yerno de Tolosa é hijo de Cristóbal de Oñate, descubrió el mineral de Charcas, donde fundaron convento los religiosos franciscanos el año de 1564. Ninguna huella queda de este primer monasterio alzado en tierra potosina. Redujéronle á pavesas los indios luego á poco de fundado; y las iras y el odio aventaron los gérmenes que no podían medrar aquí, mientras poblasen el espacio las silbadoras flechas y el ingrato ruido de la fusilería.

Cuanto más grande y fuerte el vencedor en la contienda, tanto mayores parecen la pujanza y valor de los vencidos. Sobre las homéricas hazañas de Cortés y sus capitanes resaltan las portentosas de Cuauhtémoc y los suyos; que si en los grandes triunfos está la gloria, en las grandes derrotas está el heroísmo (*Estruendosos aplausos*.) No cabe distinguir entre los que pelean denodadamente por su patria. A nobles y villanos, al habitante de la ciudad y al inculto morador de los bosques, igual impulso los lleva á batallar y á morir; defenderse, conservar incólume su honra y la de sus mujeres é hijas, identificada con la integridad del palmo de tierra en que nacieron. Con verdad se dice que hasta las fieras aman y celan el cubil que las abriga; y así, no por haber resistido la invasión en el estado salvaje, son los guachichiles que señorearon esta comarca menos dignos de consideración en la historia. De mí sé decir que, después de sentir pasmo y horror con la lectura del sitio y toma de Méjico por los iberos adalides, cuéstate trabajo concebir que á pocos pasos de sus reales, hubiese quien pusiera dilatada resistencia á sus victoriosas armas. Amedrentado por la caída de sus rivales, el soberano del poderoso imperio tarasco se rinde sin pelear; los combates del Pánuco no fueron, de parte de los indígenas, sino estremecimientos nerviosos causados por la rudeza del yugo; sólo aquí, en más de sesenta años, estuvo alzada una barrera á las armas castellanas; y ora en lucha de guerrillas, ora en formida-

bles encuentros, corrió cien veces la sangre de los campeones, antes de echar la traza de las ciudades que ahora vemos (*Aplausos.*)

Por 1554, hacían llegar los chichimecas sus noticias á oídos del virrey, que lo era don Luis de Velasco el viejo. Sucedió que pasando para Zacatecas, por la hacienda de Ojuelos, más de treinta carretas y muchas cabalgaduras cargadas de ricas mercaderías, escoltadas de un destacamento, los chichimecas, que se habían emboscado allí cerca, cayeron de improviso sobre el convoy, y le desbarataron, como dice el cronista, en un abrir y cerrar de ojos. No escapó más que una carreta; y unos cuantos soldados á nña de caballo. De los revéses habían sacado provechosa lección los indios. Tenían entonces por jefe á un llamado *Muxorro*, de más ciencia militar que la que en un chichimeca pudiera suponerse; el cual, en junta de guerra, dióles su opinión, que con aplauso acogieron, de no pelear más en campo abierto, por la ventaja que con las armas de fuego les llevaban los españoles; sino recogerse sin otro embarazo que un talego de maíz tostado, á las alturas y picachos cercanos á los puertos donde podrían espiar la ocasión de acometer á sus enemigos y de hacer fructuosas entradas por las poblaciones vecinas. Seguida de éxito cabal fué esta resolución, como el suceso narrado lo indica; mas él aconsejó también provechosamente al virrey quien, por tener cuerpos de guardia que hicieran frente á los indios, mandó fundar las colonias

de San Felipe y San Miguel el Grande; al propio tiempo que los primeros trabajadores de las minas de Guanajuato alzaban una fortaleza para defenderse por sí.

Pouía su blanco el gobierno en desembarazar de indios el camino y dar seguridades al comercio de Zacatecas. Nueve familias de españoles y gran número de mejicanos y tlaxcaltecas, llegaban á fundar el presidio de San Felipe, el 21 de enero de 1562; gente noble y de valor echaba, en 25 de julio de 1563, los cimientos de la villa de Santa María de los Lagos; y no mucho después surgía á la vida el pueblo de la Asunción de Aguascalientes: todo con el fin de tener á raya á los salteadores, que, según la táctica adoptada, no sólo acometían á los viajeros de Zacatecas, sino también á las poblaciones inmediatas, de lo que es testigo Celaya. Hallábanse avocindados en Apaseo multitud de españoles, oriundos casi todos de Vizcaya: no pudiendo cultivar las fértiles tierras que les habían sido mercedadas, por las continuas agresiones de los chichimecas, acordaron fundar una villa en medio de ellas, con autorización del virrey; y llevando á efecto su pensamiento, el 12 de octubre de 1570, viniéronse á Celaya.

Un año antes, de los gobernadores de lo interno, supo don Martín Enríquez que la insolencia de los chichimecas llegaba al extremo; por lo cual ordenó que de distancia en distancia se erigieran presidios, principalmente en los puntos llamados *Ojuelos* y *Portezuelos*, donde aquéllos solían emboscarse. Recibió

asimismo noticia de que los guachichiles entraban robando y matando hasta Guanajuato; y para castigarlos y dejar libres los caminos, mandó al alcalde mayor de aquel partido, don Juan Torres de Lagunas, que llamara las milicias y saliera á campaña. Esta duró cuatro meses, y fué hecha por cuatro compañías. Batidos con gran mortandad y desalojados de los puestos fuertes que ocupaban, los guachichiles y sus vecinos se internaron más en la tierra.

Temibles debieron ser y recio y obstinado su pelear, porque el virrey en persona se puso el año siguiente, 1570, á la cabeza de algunas fuerzas de Méjico, y vino á establecer la línea de presidios en los puntos más amagados como Celaya y San Felipe, desde donde comenzaron los españoles á correr tierra adentro, en busca de minas, cuyo hallazgo determinó la fundación de otras poblaciones. Aquella época fué para los guachichiles alborada de civilización, pues sus pequeños hijos é hijas, que durante la expedición cayeron en poder de las tropas, fueron llevados á Méjico por cuidado del virrey, y repartidos en las casas ricas para ser educados cristianamente. En parte al menos como que la reducción comenzaba, quedaba logrado el objeto á que miró don Fernando de Tapia, en el ayudar á los conquistadores; y pudo bajar á la tumba (1571), seguro de que en su hijo don Diego, que tenía ya edad competente para el ejercicio de las armas, les dejaba un heredero de su bien probado valor y adhesión jamás desmentida. Don Diego, en efecto, con la gente que alistó, dirigióse al norte; gató á fuerza de

armas el valle de San Francisco y los Bledos, donde fundó grandes haciendas y molinos de metal; y tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, antiguamente llamadas de Tangamanga. Del resultado de sus campañas puede juzgarse, sabiendo que no mucho después (1580) cuando finalizaba el gobierno de don Martín Enríquez, los feroces guachichiles aviniéronse á tratar de paz mediante el capitán don Miguel de Caldera, hijo de chichimeca, que entre ellos gozaba de singular valimiento. No hay para qué decir si el virrey acogería con júbilo la propuesta; ni si prometería otorgar á los indios cuanto pedían; mas como pareciese necesario convocar á toda la nación guachichila, oír á sus jefes y fijar las condiciones, quedó entonces solamente iniciado el pacto, y reservada á otro ilustre prócer la gloria de terminarlo.

A la de Enríquez bastó haber procurado el aumento del reino con el establecimiento de presidios y colonias, en que todavía el año de 1575 entendía, para asegurar sus conquistas y poblar las tierras que los chichimecas habían dejado desiertas. A pesar de todo, seguían éstos asaltando á los viajeros de Zacatecas, robando mercaderías y asolando las poblaciones. Querétaro sufrió graves daños en 1582, desapareciendo nada menos que siete pueblos á la feroz acometida de los indios de guerra, lo que fué causa de que el alcalde mayor temiera por toda la provincia. Seis años adelante, en 1588, llegaron hasta Yuririapúndaro y sobre él cayeron tan reciamente, que los vecinos apenas tuvieron tiempo de refugiarse en la Iglesia, cu-

ya fachada ostentaba, aún á mitad de este siglo, una efigie de San Nicolás Tolentino con el descabro de las flechas en aquella ocasión disparadas. Habíanse aprovechado los invasores de la ausencia de don Alonso de Sosa, chichimeca convertido, á quien temían, con razón, por haberlos vencido en repetidas acciones; y ya se reputaban vencedores, y ya se disponían á celebrar su triunfo con el sacrificio de dos mujeres apresadas, cuando dió sobre ellos don Antonio Trompón, custodio por don Alonso del pueblo y rescató á las víctimas y los persiguió briosamente.

Llegamos á la última guerra. Habiéndola movido, aparte de las tribus cazadoras, otras que ya estaban de paz, se alarmó justamente el gobierno, y decidió una campaña formal, de la que hizo cargo á don Rodrigo del Río, jefe experimentado y resuelto. Españoles é indígenas lucharon bravamente sin resultado positivo alguno, hasta que, valiéndose de Caldera, á la sazón comandante del valle de San Francisco, entró en pláticas del Río, para pactar ya una tregua, ya las paces, aun á costa de sacrificio pecuniario, si esto fuere posible. Habiéndolo sido, se convino que los indios se sujetarían á vivir tranquilos sin causar daños ni alborotos; y que perseguirían á los más cercanos que se alzarán. En cambio, recibirían del gobierno colonial, por cierto número de años, mantenimientos y vestidos. Los que no aceptaron este convenio fueron tenazmente perseguidos, hasta que se internaron al norte.

Este año de 1589, que se ajustaron las paces, fué fundado Santa María del Río, por guachichiles y otomíes, en terrenos de la hacienda de Villela y en un sitio llamado San Diego de Atotonilco. De los pueblos de nuestro Estado, sólo ese y Tierranueva cuentan entre sus fundadores á individuos de la familia otomí. Las demás colonias establecidas, lo fueron con indios sacados de Tlaxcala, ora por ser esta ciudad populosa, ora por su relativa cultura, ora, lo que más vale, por su inquebrantable adhesión á los españoles. Averiguado es que cuatrocientas familias salieron de la antigua república hacia estas partes, de orden del virrey don Luis de Velasco el segundo (1591), y con la ayuda de fray Jerónimo de Mendieta. Trajéronlas fray Ignacio de Cárdenas y fray Jerónimo de Zárate, y se repartieron por Tlaxcalilla, á inmediaciones de esta ciudad de San Luis, junto á la congregación de Santiago, que era de guachichiles; por San Miguel Mexquitic, por el Venado, por San Andrés, por Colotlán y el Saltillo. Mas no se crea que estos colonos consintieron lisamente en abandonar su suelo y venir á ser, á tan larga distancia, antemural de los bárbaros y guardianes de su obediencia. Lejos de eso, pactaron que habían de gozar de privilegios, como si fuesen hijos dalgos de Castilla; que podrían montar á caballo y portar armas; y que sus pueblos, en los cuales no habían de vivir españoles, deberían medir tres leguas por cada viento.

Cediendo y allanándose, para tratar de potencia á potencia, el de Velasco otorgó á los tlaxcaltecas lo

que pedían y á los guachichiles cuanto exigieron, á trueque de tener paz y por reducir estas tribus vagabundas á poblaciones, donde las instruyesen los otros indios en cristianidad y política. Que su empeño en esta parte fué estéril, pruébalo, sin embargo, que guachichiles y tlaxcaltecas no habitaban jamás la misma casa, ni contraían entre sí matrimonios, ni mezclaban sus usos y costumbres. La paz, con todo, quedó asegurada. Descubierta en 1592 el mineral de San Pedro del Potosí, donde se improvisaron las mayores fortunas de que se sabía por entonces, y de donde sacó la real hacienda en cortísimo plazo muchos millones por derecho del quinto, acudieron de todas partes al bramo, según la pintoresca expresión de un cronista, bandadas de españoles é indios, que edificaron á toda prisa sus casas y fundaron haciendas y labraron tierras. Gabriel Ortiz de Fuenmayor, Pedro Benito, Pedro de Anda, Juan de la Torre, Juan de Zavala, Antonio de Arizmendi Gogorrón, Matías Pardo, Juan de Oñate y cien y cien más, algunos de los cuales os son familiares, con las barras de plata y oro con que hicieron su fortuna, soberbio monumento alzaron al poderío del nombre español; no tan grande ni tan duradero; á todas luces, como el que en esta ciudad cuyos cimientos zanjaron, tienen el humanitario y paternal gobierno de don Luis de Velasco el mozo y la santidad de Luis el noveno de Francia.

II

Narrados así los acaecimientos por tan compendiosa y desaliñada manera, el resultado parecerá inexplicable, como proveniente de causas que le son desproporcionadas. Echad en la balanza junto al valimiento de Caldera, el provecho que sacaron los indios de recibir con un puñado de maíz y tasaño que comer, una burda tela para vestir; y veréis si pesa cuanto la sumisión absoluta. ¡Cómo! Quienes gozando de perpetuo vagar, eran dueños de lo que su vista y su certera flecha alcanzaban; quienes luchando de igual á igual con los españoles, no obstante contar éstos con superiores armas y táctica, llevaron su intrepidez hasta el punto de hacer oscilar el triunfo de una campaña formal; quienes desconocían todo oficio que no fuera pelear, y por solo aguijón tenían el de brutales necesidades, de violencia y de rapiña y de matanza... esos deponen súbitamente su barbarie: entregan sus tierras y sus minas al aborracido invasor; meten de buen grado las manos en las esposas y los pies en los grillos que á su señor place ponerles para someterlos á poblaciones; y de amos se truecan voluntariamente en esclavos, de abastados en indigentes, de fieros en humildes, de terribles exérmigos en despreciables vencidos!... No hay prodigios en la historia ó éste es uno de ellos. Pero si lo es ¿quién obró el conjuro? ¿qué voz escucharon los indios, que penetró en lo más hondo de su conciencia, y les infundió las para nosotros vulgares ideas de obediencia y respeto, las en-

cumbradas nociones de sociabilidad y progreso, y las altísimas de resignación con la adversa fortuna y de esperanza en un premio que ni se ve, ni se palpa, ni se oye, con ser más luciente que los astros, mayor que el espacio y más armónico y deleitoso que el concertado ritmo de las esferas? (*Aplausos*).

Quienquier que haya sido autor de tamaño milagro, debió, contemplando su obra, alzar su mirada hasta Dios tres veces grande, poderoso y altísimo, con mayor razón que lo hizo, al recordar sus proezas, el conquistador que fué del Valle de San Francisco y Bledos y descubridor de las minas de Tangamanga. Encargóse cierto fraile de conseguir que el rey confirmara á don Diego de Tapia su conducta de capitán general de chichimecas, y le autorizase su escudo de armas, que juntamente con sus campañas simbolizaba el poder ibero. De vuelta á las Indias, el religioso trató con don Diego sobre la leyenda que querría que orlase sus armas; y he aquí la respuesta del capitán: "Padre, yo he corrido gravísimos riesgos en la conquista de chichimecas; á mis pies he visto caer de muerte á capitanes insignes. Si, pues, conozco que, Dios me ha sacado ileso de tales peligros para ver mis hechos premiados, á El sean la honra y la gloria. Eso quiero por blasón; eso por orla de mis armas." Y así se puso en derredor de ellas: *Soli Deo honor et gloria*.

Quando las nubes descargan su tempestuosa furia sobre una aldea, una ciudad, una nación; y la tierra abre sus hambrientas fauces y traga; y devorando y

arrasando llegan el fuego y devastación de la guerra; y sobre sus pisadas siguen el hambre y la peste, á cebarse en los últimos lamentables despojos; no acertamos á explicarnos que la justicia presida á tamaña catástrofe, en que perecen á una los inocentes y los culpados. Mas el temerario juicio que en nuestra ignorancia arriesgamos, párase absorto, viendo cuál de las cenizas amasadas con el sudor y la sangre de los campeones, brota lozana vegetación que atrae de nuevo á bandadas las aves del cielo y á los habitantes de bosques lejanos; cuál entonan las frondas, al compás de las aguas y de los vientos, preludios que convidan y suspenden á las gentes; cuál se alza de los esqueletos de piedra, de los huesos truncos, de las armas rotas, de las losas funerarias, himno colosal, á cuyas estrofas sacude su sudario la desmedrada raza de los vencidos, y bebiendo del licor que sus dominadores le escancian en la ancha copa de la victoria, abre su espíritu á nueva vida, á nuevo sol, que se extiende por horizontes más amplios y sobre más altas y esplendorosas cumbres (*Aplausos*).

Dios, que mantiene en su diestra un faro gigantesco para alumbrar los caminos de sus criaturas, y fecundar en el propio campo de la muerte los gérmenes de la vida; tras de los dioses barbudos, de veste de acero, con haces de rayos armados; de la región de la luz, del oriente, á fin de que ungiesen con el óleo de la caridad á las víctimas de la codicia, y resucitaran para el cielo á los muertos para el mundo, envió á los frailes, rapados de rostro y corona, descalzos, vesti-